

Los apellidos del ser humano (relaciones entre anarquismo y nacionalismo)

Antonio Rivera

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco.

Director de la revista *Libre Pensamiento*.

En el puesto de control, durante la guerra civil en Beirut.

El oficial pregunta al pasajero del vehículo: «¿Musulmán o cristiano?».

«Ateo», responde. «Sí, sí, ¿ateo musulmán o ateo cristiano?».

[Tradicción popular; aplicable a tantos y tantos lugares]

«... no hay hombres en el mundo.

Durante mi vida he visto franceses, italianos, rusos, etc.; pero en cuanto al *hombre*, declaro no haberlo encontrado en mi vida;

si existe, es en mi total ignorancia».

[Joseph de Maistre, *Consideraciones sobre Francia*]

Existe una coincidencia en la manera de interpretar el mundo de los otros entre los creyentes y los nacionalistas. Los creyentes en cualquier principio religioso han pensado —más que piensan, porque la religión se ha visto sometida en nuestro entorno a procesos de secularización— que todos los humanos, al margen de lo que afirmen, *creen en algo*. Para un creyente era metafísicamente inimaginable una persona sin sentido de la trascendencia.

A su imagen y semejanza, cualquier nacionalista piensa que quien rechaza ese apelativo para sí, o bien es un ignorante, o bien es un tramposo que le trata de engañar. Todo nacionalista piensa que todos son de su condición, y que el que rechaza ser nacionalista lo es también, confesada o inconfesadamente, consciente o inconscientemente. Aún peor, puede ser un nacionalista despreocupado porque su nación coincide con un estado, porque tiene cumplimentada esa deuda, y su despreocupación no es sino desprecio o desconsideración hacia quien no ha visto resuelta esa confluencia.

Dos siglos de «sueño de la Razón» nos han ilustrado suficiente —y trágicamente— sobre sus insuficiencias. La esencia antropológica del ser humano le conduce inevitablemente a algún tipo de adhesión a *lo trascendente*. Puede ser esta trascendencia típicamente religiosa o puede ser laica. La memoria, la historia, la consideración en vida y en muerte de su importancia personal, el sentido cívico del

comportamiento, el hacer bien *porque sí, por lógico y normal*... han sido algunos sustitutivos laicos de la inmortalidad o de la conducción de la conducta por mor de una razón superior. La Razón ha podido organizar el mundo como si el sentimiento religioso no existiera o como si, de existir, fuera solo materia privada. Al cabo del tiempo se ha demostrado que lo que se echa por la puerta regresa por la ventana y que, si no se le da un adecuado curso, puede impactar trágicamente en la realidad social.

No otra cosa ha pasado con el nacionalismo. La Razón quiso dibujar un orden social para el *hombre* universal, sin apellidos. La Declaración de Derechos de 26 de agosto de 1789 era *del hombre y del ciudadano*. Efectivamente, no lo eran para el ciudadano francés o italiano o ruso del reaccionario nacionalista de Maistre, como tampoco lo fueron hasta pasados muchos decenios para el ser humano mujer o para los seres humanos *no blancos*. Pero sin entrar en esta importante segunda parte de las ausencias, lo cierto es que la ilusión de considerar al hombre al margen de sus ubicaciones culturales ha traído consigo el que el nacionalismo haya sido un factor distorsionador del sueño de una humanidad de iguales (que no igualdad, que ése es otro tema-ausencia de primer orden).

El anarquismo, como pensamiento racionalista, ilustrado y universalista que es, también pensó en organizar la sociedad presente y futura remitiendo las ideas de trascendencia religiosa y nacional, bien al olvido por superación, bien al territorio de las prácticas privadas. El derecho a la práctica religiosa privada —si eso es siempre posible— conviviendo con la suspensión de la liturgia colectiva, es un hito que se escribe en el emblemático Congreso Confederal de Zaragoza de 1936 pero que bebe de toda una tradición anterior. A su imagen y semejanza, el federalismo se formulaba como procedimiento racional de organización y vinculación de las colectividades o comunidades, despreocupado de las pulsiones irracionales que están en la base de la creencia nacionalista. Así, el federalismo era un borrón y cuenta nueva aplicable por igual a comunidades que veían satisfecho su *ser colectivo* (nacional) y a aquellas que lo consideraban aún pendiente. Era una manera de organizar racionalmente (y en términos de igualdad) las

cosas, que acabaría con los fantasmas particulares y colectivos que animan la tentación nacionalista.

Es por eso que, en general, el anarquismo no ha prestado mucha atención al tema nacional (y tampoco al nacionalista). Bien porque le ha parecido materia menor, propia de sujetos y colectivos no libres, preocupados por cuestiones que en sí mismas no proporcionan la felicidad humana (como sí lo hace la plenitud de la libertad, la igualdad y la fraternidad)...; bien porque el nacionalismo encubría estrategias de dominio de clase o de grupo o porque dificultaba en su transversalidad la confrontación abierta de clase contra clase, de pobres contra ricos, de los de abajo contra los de arriba; bien porque el nacionalismo considera tanto la nación como el consiguiente estado como valores supremos a los que han de subordinarse todas las demás demandas sociales; bien por simple despreocupación, porque el asunto nacional no está en la base de preocupaciones de los libertarios y sí otras cosas de otro género. De hecho, hay páginas teóricas, doctrinales, donde se habla de la relación contradictoria entre una y otra filosofía, pero son pocas —salvo las que se cogen oportunamente por los pelos— las referencias históricas a procesos o momentos en los que personas de uno y otro pensamiento coinciden en el mismo lado.

Porque es claro que ha habido ocasiones en las que sí se ha producido una coincidencia histórica de nacionalistas y anarquistas. Los conflictos nacionales del siglo XIX unieron a nacionalistas y a liberales (entendido esto en sentido amplio), y también a anarquistas. Garibaldi podía ser —y lo era— exhibido como héroe en cualquiera de esas tres grandes familias. En otras ocasiones, actuaciones meramente tácticas llevaron a anarquistas a coincidir con nacionalistas en la oposición práctica al poder estatal, por mucho que las intenciones futuras de unos y otros fueran contradictorias. A veces no fue simple tacticismo sino algo más: la necesidad de superar a un tiempo subordinaciones sociales y nacionales. En el tiempo presente, las consecuencias uniformizadoras de la globalización han llevado a unos y otros (y otros más) a ese *totum revolutum* antiglobalización donde cada cual se ve reclamado y conducido por una razón principal pero también por otras subordinadas que propician la coincidencia. La uniformización cultural, el poder evanescente e inmediato, el discurso único... son temas que han movido siempre al anarquismo. El uniformismo cultural, por ejemplo, es rechazado por la defensa continua de la diferencia que ha hecho el anarquismo, y que en el caso del nacionalismo se convierte en parte de su razón de ser. Y así sucesivamente con otras razones. En última instancia, también hay que decirlo, el nacionalismo se ha hecho querido a los ojos de anarquistas y otros revolucionarios o radicales al haberse frustrado la perspectiva de un cambio social y político de otra naturaleza. Para estos casos, que los hay en abundancia y que todos conocemos, hay que reservar esa frase que tanto ofende y que coloca al nacionalismo como último re-

ducto de la infamia (aunque la frase en su origen estaba reservada a otros infames). Y queda también, echando mano de las dos últimas coincidencias que aquí se señalan, una postrera que se explica por una preocupante pérdida de sentido crítico, que lleva al anarquismo a apoyar o ver con buenos ojos todo aquello que se mueve (y que además se mueve en dirección aparente contra su común enemigo: el estado). Esto, que no es nuevo, debiera preocuparnos extraordinariamente, no ya porque en su desarrollo se pusieran en cuestión las bases filosóficas del anarquismo —¡allá cuidados y allá la historia! —, sino porque la superación histórica que ella produce respecto de lo que es la doctrina tradicional puede llevarle al extremo contrario, a pensar en nombre de una cosa justo su antagonista. En este punto, algunas debilidades del anarquismo en su afán y necesidad por no constituir un pensamiento cerrado pueden dar lugar a divergencias demasiado excesivas, faltas del más mínimo rigor, incomprensibles.

Sin tener que hacerse copartícipes de las razones del nacionalismo y sin tener que acudir a ese lugar común tan poco operativo que el anarquismo ha sostenido históricamente —que los pueblos aman naturalmente a su tierra y a su cultura y que eso es bueno en sí mismo—, hay que considerar la importancia de esas realidades inaprensibles que configuran las sociedades. Los colectivos humanos manejan culturas diferentes que les sirven para sentirse cómodos en su día a día y para reconocerse en un universo mental entre quienes se ven como inmediatamente iguales. En ese punto, el reconocimiento del *amor natural del pueblo a la tierra* se ve en la obligación de considerar razones menos naturales, políticas, capaces de hacer factible a cada paso esa relación entre ciudadanía y cultura (razones éstas más cívicas o ciudadanas, nacionales en sentido amplio, que nacionalistas, por específicas o cerradas). En sentido contrario, se ve también obligado a abordar las exageraciones y aberraciones que históricamente y en el presente abundan cuando se trata de ligar un pueblo a una manera de ser, excluyendo a los que no encajan en la misma. Pero aquí el anarquismo no sirve como receta. Si acaso, su desconfianza *natural* hacia el patriotismo y hacia el estado le permite ser poco tendente a intoxicaciones nacionalistas. Pero respecto de la cuestión nacional concreta (que no forzosamente nacionalista), las más de las veces los anarquistas actúan y han actuado como ciudadanos sin apellidos. De hecho, resulta difícil encontrar al respecto textos doctrinales modernos, y los coyunturales están contruidos desde la perspectiva de ciudadanos concretos que se reclaman además anarquistas, y no tanto desde una consecuencia doctrinal *lógica*.

Se confunde en demasía el nacionalismo con el *natural amor al país*. Bien al contrario, el nacionalismo es una ideología, una manera de contemplar la realidad. El nacionalista observa la realidad, la interpreta y organiza desde el prisma nacionalitario... como el socialista de cualquier familia socialista (incluido el anar-

quismo) lo hace desde una preocupación por la igualdad o el anarquismo por la libertad o el feminismo por el equilibrio de sexos (sobre todo, no solo). El nacionalista piensa cosas como que a una realidad nacional le corresponde otra estatal. El nacionalista define qué es y cuáles los contenidos y límites de la realidad nacional, quién es el nacional y quién no. El nacionalismo extiende la idea de que «el nuestro» es el que «naturalmente» debe gobernarnos y nos gobierna mejor y más eficazmente. Enseña también que la plenitud de la demanda nacional solucionará como por ensalmo otros problemas que se producen al asociarse al «déficit nacional», al hecho de no gobernarnos «nosotros mismos». En consonancia, esa lucha política se prioriza frente a todas las demás y todas las demás se subordinan en tiempo y eficacia a la principal. El nacionalista y el nacionalismo sostienen la existencia de una serie de caracteres que definen la identidad nacional, que distinguen a los «propios o nacionales» de los otros. Tradicionalmente, el nacionalismo se apoya en un (ab)uso de la historia —bien interpretado hace años por Renan— dado que confía más en ésta que en la voluntad ciudadana presente, más en las voces ancestrales que en la realidad de la libre determinación de sus actuales habitantes, aunque sepa que sin esta última es inoperante lo anterior. De éstas y de más cosas como éstas es de lo que se compone la manera de ver, ideología, religión, doctrina, cosmovisión... lo que sea, nacionalista. De cualquier nacionalismo. A partir de ahí, a ese nacionalismo o a ese nacionalista hay que ponerle en la coyuntura concreta; esto es, si, como en el puesto de control beirutí, se trata de un nacionalista palestino o judío, español o vasco, escocés o inglés, europeo o francés, castellano-leonés o berciano, murciano o cartagenero... y así hasta mil.

En la mayoría de los casos, el nacionalismo y el nacionalista no es/tiene un pensamiento global, aunque sí respete la jerarquía *nacionalitaria* y subordine a ésta otras preocupaciones. El nacionalismo es una idea que en la práctica se manifiesta transversal y que se llena con otras respuestas a otros problemas sociales. Así, además de nacionalista, determinada persona nacionalista puede ser conservador o progresista, dilapidador o ecológico, competitivo o solidario... Esto da también el tono de coyuntura que explica por qué vemos a anarquistas de la mano de nacionalistas cuando éstos defienden en otros temas razones coincidentes.

Sin embargo, hay que regresar a ese criterio de que el nacionalismo, como otros *ismos*, pero sobre todo el suyo, organiza la realidad y sus deseos sobre la realidad a partir de una jerarquía: en su caso, de lo nacionalitario. Hay que ver entonces hasta qué punto se puede sostener desde el anarquismo ese pensamiento que antepone la historia a la voluntad particular y presente de los individuos y de las comunidades; que prima totalmente al grupo uniforme frente al individuo concreto y distinto; que confía más en las coincidencias de cultura interna que en la pluralidad en términos que hagan posible la convivencia diaria; que

une a los de arriba y de abajo, a los que tienen más y tienen menos, a todos, en una com(un)ión que supera y desplaza la diferencia de clase o de jerarquía; que piensa que los problemas sociales de una colectividad se resolverán o se harán más soportables o sencillos de superar después de deshacer el entuerto nacional...

El nacionalismo y el anarquismo no tienen puntos de contacto doctrinal. Pero más allá de la doctrina, la realidad hace extraños compañeros de viaje. La filosofía anarquista es por definición despreocupada respecto del hecho nacional; excesivamente despreocupada, incluso, porque una cosa es lo nacional y otra lo nacionalista (aunque puedan coincidir en muchos casos e incluso en uno concreto ser una misma cosa por ausencia de otros discursos alternativos). El anarquismo piensa en el hombre genérico, universal, abstracto (aunque no en la abstracción del ser humano típica del marxismo; hablamos de otra cosa); el nacionalismo subordina al hombre a la necesidad nacional, colectiva. Cualquier nacionalismo hace eso, por más que en un proceso de liberación nacional concreto se pueda producir una situación de liberación social y personal paralelas. El nacionalismo piensa en la historia y el pasado, en el condicionamiento (si no imperativo) de la geografía, la historia común, la lengua, la raza o los sentimientos colectivos inaprensibles e irracionales. El anarquismo piensa en la libre determinación de los sujetos y de los colectivos humanos, y, sin despreciar las pertenencias a realidades culturales, todo lo contrario, apela sobre todo a un racionalismo casi cartesiano (administrativo, económico, distributivo...) a la hora de organizar las relaciones entre las personas y entre las agrupaciones de personas. El anarquismo bebe de una tradición cultural ilustrada, liberal, progresista; el nacionalismo entronca con el pensamiento antiilustrado, antirrevolucionario, tradicionalista y, muchas veces, antiliberal y reaccionario. Esto último, aunque haya que señalar un nacionalismo también de raíz liberal muy importante en el siglo XIX, aunque haya que señalar una función liberadora y social del nacionalismo en los procesos emancipadores de esa centuria y de la siguiente (de las independencias americanas al antiimperialismo de la segunda mitad del XX), o aunque haya que advertir que, dependiendo de las coyunturas o de sus respectivas capacidades para evolucionar, el nacionalismo haya podido ser en momentos activador de una sana conciencia social y el anarquismo lo contrario, aplanamiento idealista de una estéril oposición a todo. El anarquismo, termino, fue uno de los primeros en impugnar y en tratar de superar aquella razón *rousseauiana* en que aún se apoyan nuestras sociedades: que debamos resignar una parte de nuestra libertad y derecho individual en beneficio del buen transcurrir del orden colectivo. Si lo impugnó ante el señuelo del «buen orden colectivo», ¿qué no ha podido hacer y qué no debe seguir haciendo ante señuelos de menos trascendencia humana como plantean los nacionalismos?